

In Memoriam

Pedro PÉREZ HERRERO

Universidad Complutense de Madrid.

Francisco de Paula Solano y Pérez-Lila (1930-1996) nos dejó de la forma elegante con la que siempre actuó durante toda su vida. Sin estridencias, sin falsos protagonismos, sin ampulósidades. Andaluz, de una familia jerezana con solera, conocía bien cómo se debía comportar en cada momento y tenía la virtud de reconocer en los que le rodeaban el papel que a cada uno le correspondía. Fue siempre un caballero. Cuando todos estábamos disfrutando de las vacaciones estivales de agosto de 1996, nuestro querido Paco se marchó sin anuncios previos. Muy pocas semanas antes, a mediados de julio, algunos de nosotros habíamos tenido la suerte de compartir con él una comida en un restaurante céntrico de Madrid con amigos y compañeros de profesión de uno y otro lado del Atlántico. En aquella ocasión se mostró con una ilusión desbordante por su profesión y con un empuje inusitado. No dejó hasta el último momento de proyectar nuevas aventuras investigadoras, proponer temas importantes que necesitaban de un autor y proyectar seminarios y reuniones científicas. Fue un investigador profundamente enamorado de su profesión. A ella le dedicó toda su vida y energía. Lo hizo siempre con placer, pasión, paciencia, meticulosidad y rigor. Disfrutaba trabajando, escribiendo, proyectando. Amaba la vida y la supo entender. Algo que es cada día más difícil de encontrar en un mundo académico en que nos vamos deshumanizando, tecnocratizando y en el que el valer se mide desgraciadamente por el peso de las publicaciones en las humanidades o por la rentabilidad inmediata de los resultados de las investigaciones en las ciencias aplicadas.

Francisco de Solano y Pérez-Lila fue profesor americanista de la actual Facultad de Geografía e Historia, antes de Filosofía y Letras. Muchos de nosotros recibimos de su mano el bautismo en el aprendizaje de la historia de América. La asignatura que daba se titulaba «Historia social y económica de América». Entonces (décadas de 1970-1980) era una asignatura optativa según el plan de estudios vigente, pero desde su origen se convirtió en la práctica en obligatoria, pues todos los alumnos sabíamos que en sus clases no sólo se transmitían conocimientos, sino, lo que era más importante, se aprendía a investigar, a valorar qué temas eran relevantes, cómo se debían abordar, qué técnicas de análisis

había que utilizar y dónde se encontraban las fuentes. Paco no sólo tenía los conocimientos que cualquier profesor debe tener, sino que disfrutaba transmitiéndolos, algo más difícil de lograr. Hacerlo con elegancia, sabiendo escuchar al alumno, inculcando la confianza en sí mismo y sobre todo generando sensibilidad y pasión por los temas de estudio fueron sus grandes virtudes.

Era un profesor paciente con los alumnos, que no se dejaba llevar por el apasionamiento de una u otra tesis por mucho que estuviera de moda. Mesurado en sus análisis y siempre pendiente de la máxima de que todo historiador tenía que probar sus afirmaciones, no dejaba de recordar que el archivo y los documentos eran la piedra angular de la profesión. Todos sus alumnos recordamos aquella frase que le gustaba repetir de que en historia ni se cree, ni se opina, sino que se prueba y para ello había que gastar muchas horas buscando y contrastando en los archivos y las bibliotecas. No obstante, nunca fue un «ratón de biblioteca», obsesionado únicamente por la reunión de datos. Nos decía constantemente que los datos que guardaban los archivos estaban muertos y que la profesión del historiador radicaba precisamente en darles vida. Una de sus ideas que repetía hasta el cansancio era precisamente que el investigador en historia tenía que encontrar el motivo y los fines de su investigación, por lo que en consecuencia los temas de investigación no se podían prestar. Solía decir que una investigación realizada sobre un tema inducido se reconocía rápidamente por su falta de vida, carácter, ilusión, sentido. Buscar los temas de análisis era algo que el alumno debía aprender a descubrir por sí mismo. De lo contrario, se convertía en un trabajador para aquel que había tenido la idea original de la investigación. En suma, Paco fue siempre un auténtico profesor, un promotor e impulsor de vocaciones. Tuvo la deferencia de apoyar a sus discípulos, conseguirles apoyos y becas —labor para la que no regateaba ni tiempo, ni esfuerzo— y la elegancia de reconocer sus éxitos cuando aquellos fueron creciendo intelectualmente, pues siempre los consideró en cierto modo propios, lo cual era verdad.

Francisco de Solano y Pérez-Lila fue un prestigiado investigador. Supo ganarse el reconocimiento de los historiadores de ambos lados del Atlántico. Tuvo una visión amplia e interdisciplinar y supo combinar temas de estudio, regiones de análisis y épocas. Incursionó con éxito en la biografía, como lo confirman sus excelentes contribuciones acerca de las vidas de Antonio de Ulloa, Bucareli, Gálvez y el Inca Garcilaso de la Vega. Avanzó con paso firme en las historias urbana y rural. Profundizó en la historia regional. Dedicó centenares de horas a realizar recopilaciones documentales sobre distintos temas (tierras, las voces de la ciudad, relaciones geográficas). Se adentró en profundidad en el estudio del mundo indígena durante la época colonial. Desde su origen se convirtió en un clásico su estudio sobre los mayas del siglo XVIII. Fue pionero en el análisis de la ciencia y de la cultura americanas. Estudió con minuciosidad las bibliotecas de Gálvez y José de Veitia Linaje. Se introdujo en la comprensión de la esclavitud, el mundo de los conquistadores y de los misioneros en el siglo XVI y el papel que desempeñaron los militares durante el siglo XVIII. Se especializó

en el análisis de la frontera como fenómeno cultural y social. Impulsó con verdadera pasión el conocimiento de las expediciones científicas. Desarrolló investigaciones sobre la emigración y la historia naval. Tuvo tiempo para dedicarse al análisis de la política lingüística. Trabajó sobre la historia de Filipinas, México, Centroamérica y casi todas las regiones de América del Sur. Tuvo la virtud de saber de todo. Llegó a ser compendio de historiadores. Daba gusto hablar con él, pues era capaz de comparar las trayectorias históricas de las distintas regiones americanas en sus diferentes períodos y cruzar inteligentemente los distintos temas que había estudiado. No por casualidad fue un viajero infatigable. Visitó y trabajó en los archivos de Lisboa, Guatemala, Costa Rica, Caracas, París, México, Lima, Santiago de Chile, Brasil y Santo Domingo.

El profesor Solano fue un promotor incansable de reuniones, congresos y simposia. Como editor de la *Revista de Indias*, fomentó de forma vigorosa la cantidad y la calidad de la producción americanista española. Era conocido por su amabilidad y actividad desbordante, pero nunca presumió de sus amplios conocimientos. Fue siempre comprensivo y le gustaba compartir y realizar investigaciones en equipo.

Francisco de Solano y Pérez-Lila recibió la Orden de Andrés Bello (concedida por la presidencia de la República de Venezuela en 1982), fue nombrado Comendador de la Orden de Isabel La Católica (concedida por S.M. el Rey de España en 1984) y académico correspondiente de las Academias de Historia de Chile, Portugal y México. Fue designado Comisario de la XVII Exposición Europea de Arte y Cultura en Lisboa (1983) y de la Primera (1984), Segunda (1985) y Cuarta (1988), Exposición de Libro Científico y Técnico español realizadas en México, Buenos Aires y San Juan de Puerto Rico respectivamente.

Paco se ha ido, pero nos ha dejado mucho. Su recuerdo ha quedado vivo entre nosotros y nunca morirá, sino que se irá agrandando con el paso del tiempo. La Historia le reconoce y recompensará de todas las horas que dedicó a estudiar, comprender y transmitir la evolución de las sociedades americanas. Nos enseñó a amar una profesión, a valorar nuestro trabajo, a impulsar las intuiciones y a moderar nuestras emociones. El Departamento de Historia de América de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, su casa académica donde enseñó con paciencia y buen humor tantas y tan buenas horas, reconoce y valora su labor. Todos nosotros le decimos: gracias, Paco, por tus enseñanzas.